



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11794

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 2 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



EL SEÑOR

Don Ignacio Góngora Berenguer

Ha fallecido en su casa del Seal, á las 5 de la mañana de hoy.

R. I. P.

Su desconsolada esposa, hijos, nietos, hija política, sobrinos y demás parientes, al participar á V. tan sensible pérdida, le ruegan lo encomiende á Dios y se sirva asistir á la conducción de su cadáver, que tendrá lugar mañana Domingo 3 de los corrientes, á las 10 de la misma, desde la Estación del Tranvía de La Unión de esta ciudad, al Cementerio de Nuestra Sra. de los Remedios, en lo que recibirán favor.

El duelo se despide á la entrada del Barrio de Sta. Lucía.

LA CRISIS

A la hora en que las presentes líneas vean la luz ya estará casi resuelta ó resuelta del todo la cuestión política. Las consultas habrán terminado y la Regente habrá pesado el pró y el contra de los dos partidos del turno, decidiéndose por uno de los dos.

¿Entrará Silvela? ¿Subirá Sagasta? ¿Seguirá gobernando el presidente que planteó la crisis? ¿Quién sabe! Cualquiera que sea el que coja el timón del Estado provocará una catástrofe horrible.

Por desgracia las crisis políticas de España se resuelven con grave daño de millares de hombres. Apenas suena la terrible palabra, se echan á temblar los empleados pensando en sus familias.

Como cada partido que se posesiona el poder lleva una impedimenta de cesantes, hay que buscarles acomodo á expensas de los

empleados del partido contrario; y en esas horas en que la victoria sonríe á los llamados á desempeñar los cargos públicos, mézclase la alegría de aquéllos con el gesto de angustia de los que se ven obligados á dejarles el sitio donde ganaban el pan de sus familias.

El espectáculo tiene poco de humano. Muchas veces se ha querido que cese, pero no ha habido decisión para cortar de raíz tamaña desventura. Una ley de empleados que obligara á éstos á entrar con condiciones y que les ofreciera garantía de estabilidad, pondría fin al asedio que sufren los ministros y sustraería á los servidores del Estado del peligro de quedar cesantes y de otros peligros que son naturales en el hombre que tiene la evidencia de que el cargo que ejerce le durará lo que dure el gobierno que se lo confió.

Mas ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿Quién se atreve á solucionar ese problema sin que lo

combatan con encarnizamiento? Resultarían preferidos los empleados del gobierno que en ese momento disfrutara el poder y eso no lo pueden consentir los que en dicho momento se encuentran en expectación de una crisis que les asegure temporalmente una colocación.

La ley de empleados podrá no convenir á los partidos por las razones antedichas, pero al Estado sí. Éste necesita empleados estables que no deban el cargo á la política sino á su propio mérito. Solo así podrán dedicarse con entera confianza al cumplimiento de su obligación, pues las crisis políticas ó parciales que puedan producir cambios de ministros no irán acompañadas de la desesperante cesantía.

Por humanidad y por patriotismo hay que hacer una ley de empleados que garantice á cada uno en el puesto que ocupa y que mate al par la empleomanía siempre combatida pero nunca atajada.

PINTORES CÉLEBRES



D. FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES

Nació en Fuentetodos (Zaragoza) el 31 de Marzo de 1746—† en Burdeos el 16 de Abril de 1828.

Hijo de padres muy pobres, su irresistible afición á la pintura le hizo marchar á Zaragoza cuando apenas contaba 14 años, recibiendo las primeras lecciones del pintor Luzán. Entusiasta por el arte y admirador de la naturaleza, soñó en Roma y á ella fué en 1765, llegando desfallecido, enfermo y sin más equipaje, según frase de un célebre escritor, que un *carroón sobradamente enjuto*.

Apoyado por algunas personas notables de Roma pintó varios lienzos inspirados en asuntos nacionales, que llamaron la atención pública y los cuales se disputaron los inteligentes, creciendo su reputación de día en día.

Su genio resuelto y obstinado le proporcionó una audiencia del papa Benedicto XV valiéndose de ella para sacar en pocas horas el retrato de aquel pontífice.

Su Santidad le colmó de elogios y aquel retrato figura desde entonces en las galerías del Vaticano.

En 1775 regresó Goya á España, fijando su residencia en la corte.

En 1780 la Academia de San Fernando le nombró socio de mérito, y en el mismo año marchó á Zaragoza, encargado de pintar, en unión de Bayen, varios frescos en el templo del Pilar de aquella ciudad y cuya pintura es aún hoy la admiración de los inteligentes.

En 1785 fué nombrado subdirector de la Academia de San Fernando, y al año siguiente pintor del rey con encargo de pintar los tapices de palacio, con cuyo trabajo acrecentó su renombre.

En 1789 ascendió á pintor de cámara sin

aumento de sueldo, y diez años después conquistó el puesto de primer pintor de cámara con el sueldo de 50.000 reales.

En 1822 pasó á Francia, estableciéndose en Burdeos. En dicha ciudad, á consecuencia de una caída en la escalera de su casa, enfermó y murió.

Enfermedades simuladas

De la *España Moderna* reproducimos las siguientes curiosas explicaciones:

«Según *La Medicina Contemporánea*, los forzados de Nueva Caledonia han inventado el arte de ponerse realmente enfermos para pasarse la vida en el Hospital, libres de trabajos y bien atendidos. Muchos condenados se mutilan voluntariamente, ó provocan y sostienen enfermedades diversas, aun á riesgo de su vida. Ensayan, ante todo, una enfermedad, y si el ensayo sale bien, no tarda en contagiarse la colonia penitenciaria.

Muchas veces el presidiario se ha excedido en las dosis y ha muerto, y las confesiones de última hora se debe principalmente el desenbriamiento de tan terribles prácticas.

El doctor Benoit, que ha estudiado sobre el terreno las enfermedades simuladas, ha observado que cada raza tiene un sello especial en su manera de engañar: los bretones son brutales y tercos, los normandos finos y hábiles, los gascones audaces y cínicos.

Una de las enfermedades que con más perfección se cultiva es la ictericia; para provocarla se valen de dos grandes procedimientos: uno de ellos consiste en echar tabaco en una infusión de aceite de coco; á las cinco ó seis horas se retira y se hace secar; en los cigarrillos hechos con el mencionado tabaco se coloca el fósforo de una cerilla ordinaria, y en cuanto se ha fumado una docena de cigarrillos, se pone amarillo todo el cuerpo del fumador; el médico lo reconoce, le encuentra con fiebre gástrica y vómitos, y lo envía con urgencia al Hospital.

El otro procedimiento consiste en colocar en la cama un paquete de algodón empapado en vinagre y azafrán; el presidiario se envuelve bien en la manta y procura sudar copiosamente; al cabo de unas cuantas horas experimenta una sensación de calor en el pecho que pasa á todos los miembros;

RENATA MAUPERIN

119

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 118

RENATA MAUPERIN

116

—Dá las bridas á tu hermano, Renata—dijo madame Mauperin—no quisiera que te viesen guiando.

Hallábanse entre te de una grande y magnífica verja, ante la cual se alzaban dos candelabros de gas que permanecían encendidos durante toda la noche. El carruaje recorrió la arena roja de una calle de árboles, tocó varios maticos de redondones y llegó junto á la escalinata que daba acceso á la casa. Dos oriados abrían las puertas de cristales de la antecámara, embalsamada de mármoles, y cuyas altas ventanas adornábanse con la ancha cortina de arbustos exóticos. Los Mauperin fueron introducidos en un salón tapizado de seda carmesí, y que sólo lucía en las paredes un cuadro, el retrato de Mad. Bourjot con traje de baile, y la firma de Ingres. Por las abiertas ventanas, veíase cerca de un estanque una cigüeña, finico animal que M. Bourjot toleraba en su parque, á causa de la silueta heráldica.

Cuando los Mauperin penetraron en el gran salón, Mad. Bourjot, sentada en un diván, escuchaba lo que

los pueblos, despreciaba á las Cámaras, se enfurecía contra M. Guizot y con el asunto Pritchard.

Al llegar el 1848, el propietario se despertaba espantado y sucedía el carbonari de la Restauración y al liberal del reinado de Luis Felipe. La baja de la renta, la falta de valor de las casas, el socialismo, los proyectos de impuesto, las amenazas contra el Gran Libro, las jornadas de Junio, cuanto hay de aterrador en una revolución para la moneda de cien sueldos, conmovieron é iluminaron á la vez á M. Bourjot. Sus ideas cambiaban radicalmente, y su conciencia política viraba por completo sobre sí mismo; precipitábase en las doctrinas de orden, volvía-se hacia la Iglesia como hacia una gendarmería, hacía el derecho divino como hacia la autoridad absoluta y la garantía provisional de sus valores.

Desgraciadamente, contra aquella brujería aunque sincera conversión de M. Bourjot, revelábanse su educación, su juventud, su pasado, su vida entera. Al volver á los Borbones, no había podido de igual suerte volver á Jesucristo, y el viejo se vendía en sus ataques, olvidos y refranes de costumbre. Su volterianismo le perdía y Beránger á cada momento dominaba en él á De Maistre.

—Pero, mamá—dijo Renata—nada dices. ¿No te sientes bien?

—Sí, muy bien, muy bien...—respondió la interrogada—pero me fastidia esta visita... y á no ser por Enrique... Hay algo tan frío en esa señora Bourjot... No es que me impongan sus millones, pues sé cómo los han cogido... con un procedimiento que adquirieron de un infeliz obrero, por poco más de nada...

—Vamos—dijo el marido—que más de uno debieron comprar.

—Pues, á pesar de todo, no me encuentro á gusto entre esas gentes.

—Te preocupas sin motivo...

—Pues á su orgullo se le dice... *jarret!*—dijo Renata dando un fatigazo al caballo, que ahogó la frase en el ruido del galope.

El malestar de Mad. Mauperin no era injustificado. En la casa á que iba la familia todo estaba combinado para intimar á las gentes, rebajarlas y anonadarlas con el sentimiento de su inferioridad. El dinero tenía allí una exposición estudiada, la fortuna una presentación inteligente. La opulencia perseguía allí la humillación de los demás, por todos los medios de intimidación, con formas violentas ó refinamientos de lujo; la elevación de los techos, el as-